>> CAPÍTULO 7

CÓMO PONERTE A CUENTA CON DIOS

Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.

—MATEO 23.26 NTV

La confesión de las obras de maldad es el principio de las buenas obras.

—AGUSTÍN

El fuego del pecado es intenso, pero es apagado por una pequeña cantidad de lágrimas, porque la lágrima apaga un horno de faltas, y limpia de pecado a nuestras heridas.

—JUAN CRISÓSTOMO

Un hombre que confiesa sus pecados en la presencia de un hermano sabe que ya no está solo consigo mismo; experimenta la presencia de Dios en la realidad de la otra persona.

—DIETRICH BONHOEFFER

>> HAS SIDO PROTEGIDO Y COMPRADO, TE HAN LAVADO LOS PIES, Y CRISTO MORA EN TI. TE PUEDES ARRIESGAR A SINCERARTE CON EL SEÑOR.

Me gusta la cerveza. Siempre me ha gustado. Desde que mi compañero y yo bebimos hasta enfermar con una caja de cuartos de botella, me ha gustado la cerveza. Me encanta la manera en que limpia la boca de un pedazo de pizza y cómo sofoca el condimento de las enchiladas. Va muy bien con el maní en un partido de béisbol y parece una forma adecuada de coronar dieciocho hoyos de golf. Sea de bidón, barril, botella o jarro helado... no me importa. Me gusta.

Demasiado. El alcoholismo merodea mi ancestro familiar. Tengo recuerdos tempranos en que seguía a mi padre a través de pasillos de un centro de rehabilitación para ver a su hermana. Similares escenas se repitieron con otros parientes por décadas. La cerveza no se mezcla bien con mi ADN familiar. Por tanto, a los veintiún años de edad renuncié a ella.

Nunca hice alarde de mi abstinencia. Tampoco del desenfreno de alguien más. Diferencié entre la bebida y la embriaguez, y concluí que en mi caso lo primero me llevaría a lo último, por eso renuncié a beber. Además, yo era estudiante de seminario (por los dos años siguientes). Luego, fui ministro (tres años). A continuación, misionero (cinco años). Después ministro otra vez (veintidós años y siguen aumentando). Escribí libros cristianos y hablé en conferencias cristianas. Un hombre religioso no debería llevarse con la Heineken, ¿verdad? Por tanto, me abstenía.

Entonces hace algunos años algo resucitó mis ansias. ¿Demasiados comerciales? ¿Demasiados partidos de béisbol? ¿Demasiados amigos episcopales? (Solo estoy bromeando.) No sé. Era muy probable que solamente se tratara de sed. El calor del sur de Texas puede arder como un fuego que se extiende. En algún momento alargué la mano hacia una lata de cerveza en vez de un refresco, y tan pronto la destapé me convertí otra vez en fanático de la cerveza. De vez en cuando... luego una vez por semana... después una vez al día.

Mantuve en secreto mi preferencia. No bebía cerveza en casa, quizás para que mis hijas no pensaran mal de mí. No bebía cerveza en público. ¿Quién sabe quién podría verme? Como no era en casa ni en público, solo me quedaba una opción: estacionamientos de tiendas abiertas veinticuatro horas al día. Más o menos durante una semana las frecuenté en el auto, bebiendo de la bolsa café de papel.

No, no sé qué resucitó mis ansias, pero recuerdo lo que no las dejó desarrollarse. En camino a hablar en un retiro de hombres me detuve para mi compra diaria. Salí de la tienda con una cerveza presionada contra el costado,

me escurrí en mi auto por temor a que me vieran, abrí la puerta, subí, y abrí la lata.

Entonces caí en la cuenta. Me había convertido en aquello mismo que odiaba: Hipócrita. Farsante. Falso. Actuando de una manera y viviendo de otra. Había escrito prédicas acerca de personas como yo: cristianos que les importaba más la apariencia que la integridad. No fue la cerveza sino el encubrimiento lo que me produjo náuseas.

Yo sabía qué debía hacer. También había escrito sermones acerca de eso. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1.8–9).

Confesión. Esta palabra evoca muchas imágenes, y no todas positivas. Interrogatorios en cuartos traseros. Tortura china con agua. Admisión de coqueteos ante un sacerdote sentado detrás de una cortina negra. Caminar por el pasillo de la iglesia y llenar una tarjeta. ¿Es esto lo que Juan tenía en mente?

Confesión no es decirle a Dios lo que él no sabe. Imposible.

Confesión no es quejarse. Si simplemente recito mis problemas y repito mis congojas, estoy lloriqueando.

Confesión no es culpar. Señalar con el dedo a otros sin fijarme en mí me hace sentir bien, pero no suscita sanidad.

Confesión es mucho más. Es una dependencia radical en la gracia. Una proclama de nuestra confianza en la bondad del Señor. «Reconozco que lo que hice estuvo mal, pero tu gracia es más grande que mi pecado; por tanto, lo confieso». Si nuestra comprensión de la gracia es pequeña, nuestra confesión será escasa: renuente, vacilante, cubierta de excusas y salvedades, llena de temor al castigo. Pero una gracia enorme crea una confesión sincera.

Igual a la del hijo pródigo, quien oró: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo» (Lucas 15.18–19). O igual a la confesión del publicano: «Dios, sé propicio a mí, pecador» (Lucas 18.13).

La oración de confesión más conocida vino del rey David, aunque tardó un tiempo interminablemente largo en ofrecerla. Este héroe del Antiguo Testamento dedicó una temporada de su vida a tomar decisiones ilógicas, ridículas e impías.

Decisión ilógica #1: David no va a la guerra con sus soldados. Se queda en casa con demasiado tiempo en sus manos, y según parece romance en

mente. Mientras se pasea por el balcón divisa a Betsabé, una belleza playera, bañándose.

Decisión ilógica #2: El rey envía criados para que le lleven a Betsabé hasta el palacio. La escoltan hasta la recámara real, donde pétalos de rosa cubren el piso y champaña helada se enfría en el rincón. Unas semanas después ella le informa que está embarazada. David, viviendo aún en la neblina de malas decisiones, continúa la racha.

Decisión ilógica #3, 4 y 5: David engaña al esposo de Betsabé, lo asesina, y se comporta como si no estuviera haciendo nada malo. El bebé nace, y el rey aún no se arrepiente.

Sí, David. El hombre conforme al corazón de Dios, permitió que el suyo se calcificara. Escondió su mala acción y pagó un alto precio por ello. Más tarde lo describió así: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano» (Salmo 32.3–4).

La realidad del pecado reemplazó su euforia. David comenzó a ver en Betsabé no una imagen de belleza sino un símbolo de la propia debilidad del rey. ¿Podría mirarla a la cara sin ver el rostro del esposo, a quien había traicionado? Más que eso, ¿podría mirarla sin sentir la mirada de Dios sobre sí mismo?

David supo que su pecado secreto para nada era secreto. Finalmente oró: «Jehová, no me reprendas en tu furor, ni me castigues en tu ira. Porque tus saetas cayeron sobre mí, y sobre mí ha descendido tu mano. Nada hay sano en mi carne... ni hay paz en mis huesos, a causa de mi pecado. Hieden y supuran mis llagas, a causa de mi locura... Porque mis lomos están llenos de ardor» (Salmo 38.1–3, 5, 7).

Oculta tu mala conducta y espera dolor, punto. El pecado no confesado es la hoja de un cuchillo alojada en el alma. No se puede escapar a la desdicha que esto crea.

Pregúntale a Li Fuyan. Este hombre chino había intentado todo tratamiento imaginable para aliviar sus intensos dolores de cabeza. Nada ayudaba. Finalmente una radiografía reveló al culpable. Li había tenido alojada por cuatro años en su cráneo la hoja oxidada de un cuchillo de diez centímetros. Durante un ataque para robarle, Fuyan había sufrido laceraciones en el costado derecho de la mandíbula. No sabía que la hoja del cuchillo se le había roto dentro de la cabeza. No es de extrañar que padeciera un dolor tan *lacerante*. (Lo siento, no pude resistir.)[1]

No podemos vivir con objetos extraños incrustados en nuestros cuerpos.

Ni en nuestras almas. ¿Qué revelaría una radiografía de tu interior? ¿Zozobra por una relación en la adolescencia? ¿Remordimiento por una mala decisión? ¿Vergüenza por un matrimonio que no funcionó, un hábito al que no puedes renunciar, la tentación que no puedes resistir, o el valor que no puedes hallar? Hay culpa oculta debajo de la superficie, supurando e irritando. A veces incrustada tan profundamente que no se conoce la causa.

Tú te vuelves malhumorado y quisquilloso. Eres propenso a reaccionar de manera exagerada. Te enojas y te irritas. Sabes que puedes estar sensible. Comprensible, ya que tú tienes un mango de vergüenza alojado en el alma.

¿Interesado en una remoción? Confiesa. Solicita una resonancia magnética espiritual. «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmo 139.23–24). A medida que Dios te traiga a la mente mala conducta, ponte a cuentas con él y pide perdón. Permite que el Señor te aplique gracia a las heridas.

No hagas este viaje interior sin el Señor. Muchas voces te instan a echar un profundo vistazo dentro de ti y hallar una fuerza invisible o un poder oculto. Un ejercicio peligroso. Autoevaluación sin la guía de Dios lleva a negación o vergüenza. Podemos justificar nuestra mala conducta con mil y una excusas, o podemos diseñar una cámara de tortura y morar dentro de ella. ¿Justificación o humillación? No necesitamos nada de esto.

Necesitamos una oración de confesión basada en la gracia, como la de David, quien después de un año de negación y encubrimiento, finalmente oró: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio» (Salmo 51.1–4).

David hizo ondear la bandera blanca. No más combate. No más discusiones con el cielo. El hombre se sinceró con Dios. ¿Y qué hay contigo? Tu momento podría ser algo parecido a este.

Es tarde en la noche. Hora de acostarse. La almohada te llama. Pero también lo hace tu conciencia culpable. Un encuentro con un compañero de trabajo resultó desagradable al principio del día. Se intercambiaron palabras. Se hicieron acusaciones. Se marcaron posturas. Se dijeron insultos. Conducta vulgar, vulgar, vulgar. Tú tienes algo de la culpa, si no la mayor parte.

La antigua versión tuya habría eliminado la discusión por la fuerza. Habría hacinado el asunto en una bodega ya repleta de conflictos no resueltos. Habría puesto masilla sobre madera podrida. La pelea habría enconado en amargura y habría envenenado otra relación. Pero tú no eres la antigua versión tuya. La gracia está teniendo lugar, elevándose como un sol matutino sobre un prado invernal, esparciendo sombras, derritiendo la escarcha. Calidez. Dios no frunce el ceño al verte a ti, aunque una vez tú pensaste que él lo haría. Que estaría con los brazos cruzados e iracundo, perpetuamente fastidiado. Ahora tú tienes mejor juicio. Has sido protegido y comprado, te han lavado los pies, y Cristo mora dentro tuyo. Te puedes arriesgar a sincerarte con Dios.

Tú le dices a la almohada que espere, y entras a la presencia de Jesús. «¿Podemos hablar de la pelea de hoy? Siento mucho haber reaccionado así. Fui duro, sentencioso e impaciente. Tú me has dado mucha gracia. Yo concedí muy poca. Perdóname, por favor».

Vaya, ¿no te hace sentir eso mejor? No se requiere un sitio especial. No se necesita una salmodia ni una vela. Solo una oración. Tal vez la oración inste a pedir perdón, lo que posiblemente preservará una amistad y protegerá un corazón. Tú incluso podrías colgar un letrero en la pared de tu oficina: «Aquí tiene lugar la gracia».

O tal vez tu oración deba ahondar más. Debajo de la epidermis de los hechos de hoy están las acciones sin resolver de años pasados. Igual que el rey David, tú has cometido una decisión absurda tras otra. Te quedaste cuando debiste haberte ido, miraste cuando debiste haber alejado la mirada, te dejaste seducir cuando debiste abstenerte, heriste cuando debiste haber ayudado, negaste cuando debiste haber confesado.

Habla con Dios acerca de estas cuchillas incrustadas. Ve a él como irías a un médico confiable. Explica el dolor, y vuelvan a vivir la transgresión tú y Dios juntos. Recibe con agrado el consejo y el toque sanador del Señor. Además, y más importante, confía en la capacidad de Dios para recibir la confesión y no en la habilidad tuya para hacerla. Ah, ese revoltoso perfeccionista que mora dentro de nosotros. Levanta ulcerosas dudas: «¿Fue sincera mi confesión? ¿Suficiente? ¿Olvidé algún pecado?»

Por supuesto que lo olvidaste. ¿Quién entre nosotros conoce todas nuestras infracciones? ¿Quién de nosotros ha sentido suficiente remordimiento por sus fallas? Si la limpieza de confesión dependiera del confesor, todos estaríamos perdidos, porque ninguno de nosotros ha

confesado de manera exacta o adecuada. El poder de la confesión no yace en la persona que la hace sino en el Dios que la oye.

El Señor podría enviarte a ti a hablarle a la iglesia. «Confesaos vuestras ofensas *unos a otros*, y orad unos por otros, para que seáis sanados» (Santiago 5.16, énfasis del autor). El apóstol nos invita no solo a confesar a Dios sino también a confesar nuestras ofensas unos a otros.

Yo hice esto. Tú te estás preguntando qué sucedió con mi hipocresía. Primero, tiré a la basura la lata de cerveza. Después me senté en el auto por un buen rato, orando. Luego programé una reunión con los ancianos de nuestra iglesia. No embellecí ni resté importancia a mis acciones; simplemente las confesé. Y ellos a su vez declararon perdón sobre mí. Jim Potts, un apreciado santo de pelo blanco, extendió el brazo a través de la mesa, puso la mano sobre mi hombro, y dijo algo como esto: «Lo que hiciste estuvo mal. Pero lo que estás haciendo esta noche es lo correcto. El amor de Dios es suficientemente inmenso para cubrir tu pecado. Confía en su gracia». Eso fue todo. Sin controversias. Sin alboroto. Solo sanidad.

Después de hablar con los ancianos hablé a la iglesia. En nuestra reunión de mitad de semana conté otra vez la historia. Pedí perdón por mi hipocresía y solicité el perdón de la congregación. Lo que siguió fue una refrescante hora de confesión en que otras personas hicieron lo mismo. Mediante nuestra sinceridad la iglesia se fortaleció, no se debilitó. Pensé en la iglesia en la antigua Éfeso donde «muchos de los que habían creído venían, confesando y dando cuenta de sus hechos» (Hechos 19.18). ¿Cuál fue el resultado de sus confesiones? «Así crecía y prevalecía poderosamente la palabra del Señor» (v. 20).

A las personas les atrae la sinceridad.

Encuentra una congregación que crea en la confesión. Evita una comunidad de personas perfectas (tú no calzarás en ella), y más bien busca una donde los miembros confiesen sus pecados y muestren humildad, una congregación donde el precio de admisión sea simplemente confesar la culpa personal. En una iglesia como esta ocurre sanidad. A los seguidores de Cristo se les ha dado autoridad para oír confesiones y proclamar gracia. «A quienes les perdonen sus pecados, les serán perdonados; a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados» (Juan 20.23 NVI).

Quienes confiesan encuentran una libertad que no hallan quienes niegan sus faltas.

«Si afirmamos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y no tenemos la verdad. Si confesamos nuestros pecados, Dios, que es fiel y justo, nos los perdonará y nos limpiará de toda maldad» (1 Juan 1.8–9 NVI).

¡Ah, qué tierna seguridad la de estas palabras¡ «Nos *limpiará*». No que el Señor *podría, puede* o que *se le conozca* por hacerlo. Él te *limpiará* a ti. Cuéntale a Dios lo que hiciste. Repito, no es que él no lo sepa, pero los dos deben ponerse a cuentas. Pasa tanto tiempo como necesites. Habla de todos los detalles que puedas. Luego deja que el agua pura de la gracia fluya sobre las faltas que tú hayas cometido.

Después celebra con una cerveza (pero sin alcohol).